

Capítulo 1

El avión aterriza en el aeropuerto José Martí y las puertas se abren. Mientras baja la escalerilla, Priscilla respira un aire húmedo y caliente, un aire nuevo y desconocido. Por fin está en Cuba.

En la sala de espera, delante de las grandes puertas de cristales, Lisa mira impaciente a todos los viajeros que salen con sus maletas y sus bolsas de viaje. Una luz verde señala en el monitor que el vuelo 358 de Cubana de Aviación ya está en tierra.

Lisa mira su reflejo en el cristal de la puerta: una chica morena, alta, delgada, con los ojos verdes y el pelo negro, corto. Lleva una camiseta roja y una minifalda blanca. Mira a la puerta que dice Salidas y ve otra vez su imagen: una chica morena, alta, delgada... (bueno, unos kilitos¹ más que ella), con los ojos verdes y el pelo negro, pero largo. Lleva una camiseta blanca y unos *jeans*. La imagen levanta un brazo y grita:

—¡Lisa, soy yo!

—¡Yolanda!

Efectivamente, es Yolanda, su hermana gemela. Hace doce años que no la ve.

Lisa y Yolanda se abrazan, llorando y riendo al mismo tiempo. La gente las mira y comenta en voz baja:

—Son idénticas, son gemelas.

—Ya no me llamo Yolanda, ahora me llamo Priscilla.

—¿Y por qué, mi amor? Yolanda es tan lindo...

—No sé, allá en Miami, Priscilla suena mejor.

—Ven —dice Lisa—, papi nos está esperando en el parqueo. Dame tu equipaje. Ay, chica, cuántos paquetes.

—Son regalos para ti, para papi, para toda la familia... Ay, mi amor, qué impresión, qué *nice*, tú eres igualita a mí, es como mirarme en el espejo.

—¿Qué tú² dices, chica? Tú eres más linda³, más elegante que yo.

—No es verdad; es la ropa, pero toda es para ti, todita. Yo tengo mucha más, allá en Miami.

José, el padre, sale de la máquina⁴ al verlas llegar y abraza a Priscilla.

—Ay, mi amor, mi Yolanda querida...

—No, papi, ya no soy Yolanda, ahora soy Priscilla.

—¿Y eso por qué?

—Porque es más *anglo*, más fácil, allá⁵ suena mejor, es más *sweet*. ¿Y este carro⁴? ¿Sale de un museo?

Señala con el dedo el viejo Cadillac azul de los años cincuenta, el tesoro del vecino Fulgencio. Mientras, el padre piensa con nostalgia en la canción *Yolanda*, de Pablo Milanés⁶, su preferida, que estaba de moda cuando nació Yolanda, perdón, Priscilla.

—¿La máquina? No es mía, es de un vecino... Aquí en Cuba no es fácil tener un carro, no tenemos combustible. ¿Olvidas el bloqueo⁷ de los yanquis⁸?

—Dejemos la política, papi. Es lindo tu carro. Permíteme una foto. —Y saca la cámara. —Clic, ya está.

Las dos hermanas se sientan juntas detrás mientras el viejo Cadillac atraviesa parte de La Habana siguiendo la cal-



zada del Monte y llegando por el parque Central a La Habana Vieja, donde viven Lisa y José y donde toda la familia está esperando a la gusanita⁹. Priscilla lo mira todo con sus grandes ojos verdes muy abiertos: la vegetación exuberante, las bellas palmas reales, las ceibas, las flores de colores vivos en los parques... pero también las deterioradas y hermosas casas de La Habana Vieja. Es increíble encontrarse de pronto en un mundo tan diferente del de Miami, con sus tiendas de lujo, sus limusinas y sus grandes hoteles.

—Sé lo que estás pensando —le dice Lisa—, pero Cuba no es sólo esto; hay muchas cosas más que te voy a enseñar. Llevas doce años de tu vida lejos de nosotros, lejos de esta ciudad. Ahora tienes que conocerla poco a poco.

“Doce años”, piensa Priscilla. Doce años desde aquel día de la separación de los padres. El padre, José, revolucionario y partidario de Fidel, decide quedarse en Cuba y luchar por la revolución. La madre, Alicia, se siente atraída por el lujo y la facilidad de la Florida cercana y deciden repartirse a las hijas: una para mí, otra para ti; una se queda, otra se va; una norteamericana, otra cubana. Las dos gemelas se separan una tarde de otoño en el aeropuerto de La Habana: Lisa se queda, Yolanda se va. Lisa, con los ojos llenos de envidia ve el avión que vuela hacia el Norte con su hermana gemela y su madre dentro; Yolanda, con los ojos llenos de nostalgia ve su isla cada vez más pequeña, con su hermana y su padre como dos puntos diminutos en el aeropuerto; las dos lloran.

Doce años después, cuando van a cumplir dieciocho, deciden verse otra vez. Lisa no puede viajar a Miami, no tiene pasaporte para los Estados Unidos; Priscilla va a tener muchos problemas para obtener la visa, pero por fin la obtie-

ne y el regalo de cumpleaños de Alicia, su mamá, que trabaja en una peluquería de lujo, es el billete para Cuba.

El apartamento donde viven Lisa y su padre es una de las muchas divisiones de una vieja casa señorial en La Habana Vieja. Sus propietarios han desaparecido y la casa ha sido dividida en muchos mini-apartamentos. José y Lisa tienen una gran habitación, que sirve de comedor, salón y cocina, y donde duerme y estudia Lisa, y, una minúscula pieza donde duerme José. Junto al rincón-cocina hay una ducha bastante rudimentaria y los inodoros son colectivos y están en la escalera. Priscilla prefiere no contar a su hermana que ella y su madre viven en un gran apartamento de Miami Beach frente al mar, en Collins Avenue y que tiene para ella sola una gran pieza con un cuarto de baño individual y una linda terraza que da al océano. Su madre tiene otra gran habitación con otro cuarto de baño, un gran salón con terraza y una cocina supermoderna, con un gran *frigo*¹⁰ americano de dos puertas, microondas, fogón eléctrico, triturador de basuras, licuadora y todos los electrodomésticos del mundo.

—Mira qué lindo —le dice Lisa y la lleva de la mano hasta el balcón—. El mar está delante.

Es verdad. Es una de las más bellas vistas de la Habana. La casa está cerca de la fortaleza de La Punta y al otro lado de la bahía se ven las fortalezas de El Morro y la Cabaña; las tres, construidas por los españoles, protegen el puerto más seguro y hermoso del Caribe. Al Este, Regla, barrio de marineros, con la Virgen de Regla, una virgen negra que tiene en sus brazos a un Niño Jesús blanco.

Lisa le enseña una pequeña estampa.

—Mira qué divina: Yemayá.